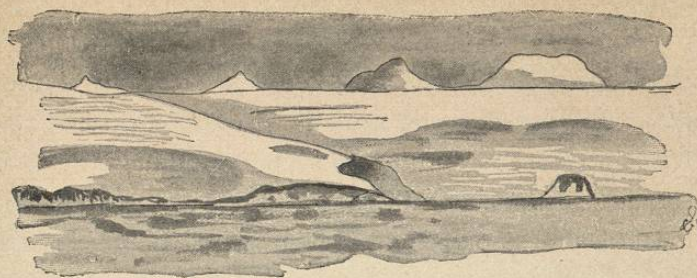


noche, esperando á cada momento que la techumbre sería llevada por el viento, pero resistió, lo cual nos pareció asombroso. Cuando salimos por la mañana notamos que, á pesar de todo, había desaparecido el techo de la cocina. Había volado á doscientos metros, y seguramente hubiese continuado su viaje hasta el hielo, á no quedar detenido contra una roca cerca de la playa. La isla presenta diferente aspecto después de la tormenta. Enormes montones de nieve se ven por todas partes, en los cuales nos metemos al andar hasta las rodillas.



Vista de la isla de Paulet: entrada de la bahía «Active».

CAPITULO XXVI

Vida invernal en la isla de Paulet

Los días se van alargando lentamente y el tiempo nos tiene casi siempre presos. A nuestro alrededor presenta la Naturaleza un aspecto triste y desolado. Contados pájaros cruzan el aire piando; únicamente el pequeño chionis salta cerca de nuestra vivienda; pero en verdad que los desiertos de la isla no les convida á morar en ella y tienen que huir en busca de alimento. Por todas partes el triste invierno había tendido su velo. Entre nuestra isla y la de Dundée el hielo se hizo más firme, de modo que la nieve caía directamente de los ventisqueros de la última en dirección á nuestra vivienda. Sin embargo, con el hielo habíamos obtenido una ventaja: nuestro campo de operaciones se hizo más extenso, y no estábamos ya condenados á no salir de las costas de Paulet. Nuestros nuevos dominios no son tan monótonos como se podría creer. Abundan las cordilleras, los valles, los desfiladeros y las profundas simas. Los glaciares de la orilla, aprisionados contra las rocas, sirven de colum-

nas de apoyo al hielo de mar, lleno de aberturas y grietas, á cuya superficie de agua libre suben á respirar las focas. Todo en torno nuestro se halla sumido en el más profundo silencio. Por ninguna parte se ve rastro de vida y hasta las focas parece que se han sepultado en el fondo del mar. Las tormentas y las ventiscas se suceden con toda su fuerza poderosa; los montones de nieve se hacen cada vez más altos alrededor de nuestra choza, y á menos de que el techo se hundiera por el peso de la nieve, teníamos que quitarla á menudo, costándonos mucho trabajo cuando se helaba completamente. Tuvi- mos, además, que excavar con frecuencia un paso entre la nieve que se acumulaba en la puerta, pues no conociendo cuando construimos la choza la dirección de los vientos, resultaba detestable su orientación. Obstruíase, á pesar de todo, la entrada continuamente, y más de una vez nos vimos apurados para poder salir y entrar.

Las horas se nos hacían interminables. Afortunadamente, siempre hay algo en este mundo que posee la virtud de hacer pasar el tiempo más rápidamente, y es el mismo anhelo de algo más agradable. Entonces esperábamos que llegase la festividad de la Pascua, y cada vez que nos íbamos aproximando al gran acontecimiento no podíamos por menos de pensar que nos esperaba un sabroso festín de arroz con leche.

Llegó la víspera de Pascua, el día solemne tan esperado. Me puse la americana recia y los guantes de piel y me fuí á dar un largo paseo. Quería estudiar más detenidamente la isla y comencé á recorrerla. Solamente entonces me di cuenta de lo débil y flojo que estaba. A cada diez pasos tenía que descansar porque me faltaba el aire y el corazón me palpitaba apresuradamente.

Los alrededores de la isla de Paulet ofrecen al explorador los más hermosos panoramas. Empecé el camino en dirección nordeste hacia á la llanura. Parece ésta á un gran lago cuyas aguas agitadas por el viento se hubiesen petrificado de improviso, formando el hielo frecuentes lomas de un par de pies de elevación. Sobre ellas habitan los pájaros bobos, y quizás estos mismos las han formado.

El terreno que atravieso se eleva en suave pendiente, y después de formar amplia meseta desciende nuevamente al llano, cortado á poco trecho por una imponente elevación rocosa. Es la mayor entre todas las que se ven por los alrededores, que están sembrados de montañas y abismos. Destácanse sobre la abrupta superficie de la montaña negras vetas de basalto que denuncian su heterogénea formación. Cuando el viento huracanado sopla contra la escarpada muralla, despréndense á menudo pedazos de la misma que convierten aquel paso en un sitio bastante peligroso. En las inmediaciones y al pie de la escarpada muralla había grandes acumulaciones de nieve que llegaban hasta el hielo de mar, haciendo más inaccesible la montaña.

Cuando más ensimismado me hallaba contemplando el singular paisaje, sentí pasar sobre mi cabeza una numerosa bandada de alegres pájaros que volaban en dirección á la cumbre de la montaña. Pertenecían á la especie *pagodroma nivea*, pájaro procelario pequeño, el más bello de cuantos habíamos visto en las regiones antárticas. Me entretuve largo rato viéndolos volar después de roca en roca, agitando sus alas largas y puntiagudas, blancos y relucientes como la misma nieve, con el pico y las patas más negras que el ébano.

Antes de emprender la caminata de retorno me aventuré algún trecho hacia el sur y pude contemplar en las lejanías del campo de hielo una indicación de tierra: era la tierra donde tal vez se hallarían nuestros compañeros, donde se preguntarían sin cesar:

—¿Por qué no viene el «Antártico»?

Era ya tarde y emprendí el regreso. Pronto divisé la azulada silueta de la isla de Dundée detrás de las elevaciones, y después de un rato de marcha hallábame en la pendiente, desde donde era difícil descubrir nuestra vivienda, tan cubierta de nieve estaba entonces.

Cuando llegué reinaba la mayor alegría, pues acababan de cazar una foca que estaban despellejando. Después de terminado este trabajo, nos metimos en los sacos de dormir en espera de la solemne comida de Pascua. Una vez levantados, comenzamos los preparativos de la comida bromeando y riendo mientras trabajábamos. Sacamos nuestros utensilios para el «banquete» y hasta limpiamos el plato, empleando, yo por mi parte, un pañuelo negro como el carbón, reluciente de grasa y de hollín. Se abre la puerta, la conversación se para y sigue un momento de espectación. El plato que aparece esta vez es en verdad maravilloso. Recogimos algunos chionis que se habían muerto de frío y nos permitimos el lujo de freirlos con margarina. Este rico manjar fué encomiado como merecía. Pero no han terminado las sorpresas: la puerta de la cocina se abre nuevamente y aparece el cocinero con una enorme y pesada cazuela de gachas; un aroma magnífico se esparció por el recinto y una nube de vapor llenó la baja habitación al tiempo que presentábamos los platos. Cada cual anhela que llegue su turno.

¡Jamás en la vida habíamos comido cosa tan excelente! bien es verdad que no tenemos muchas pretensiones. Como era demasiado lujo comérmelo todo de una vez, satisfecho, pero con pena, coloco mi plato sobre el estante que hay detrás de mí, dejando un poco para el día siguiente.

Aun no habían terminado las sorpresas: el piloto, que estaba á mi lado y escudriñaba hacía rato en su saco de ropa, saca de pronto un zapato viejo. Abro los ojos desmesuradamente al ver que había dentro nada menos que cigarros. Merced á este inesperado descubrimiento pusimos digno remate á la extraordinaria comida fumando un cigarro. El humo del tabaco se mezclaba con el que se desprendía de nuestra lámpara de aceite, que era la misma que usábamos en el cuarto de la máquina á bordo del «Antártico». Aunque producía gran humareda, debido al combustible que empleábamos, estábamos ya tan acostumbrados, que no nos preocupaba el tufo ni el hollín que se depositaba en todas partes. Lo principal era no permanecer á oscuras, pues la luz del día difícilmente podía penetrar á través de las pequeñas aberturas de la vivienda que, á pesar de nuestras precauciones, á menudo estaban llenas de nieve.

El humo del tabaco nubló nuestra atmósfera únicamente durante las primeras semanas. La pequeña cantidad de tabaco para fumar que quedaba á bordo del «Antártico» al ocurrir el naufragio, se llevó á tierra repartiéndose en fracciones iguales entre todos. Tabaco para mascar apenas nos quedaba; la provisión de á bordo se acabó mientras aguardábamos nuestra liberación. En algunas ocasiones utilizábamos hasta los paquetes de rapé, y cada cual recibió su parte que nos ingeniábamos

para utilizar. Los que lo mascaban lo aplicaron para este uso, y los que fumaban lo mezclaron con el Virginia. Apreciábamos tanto el tabaco en aquel destierro, que cuando lográbamos hacer un cigarrillo nos creíamos los reyes del mundo.

Debimos fumar con tal frecuencia, que el día que menos lo pensábamos vimos que se concluía definitivamente. Con verdadera pena miraban después los despilfarradores á sus compañeros que supieron economizar, entre los cuales me contaba yo. De cuando en cuando convidábamos á alguno con una pipada para evitar que substituyesen el tabaco por substancias peores que pronto empezaron á usarse. El viejo Haslum, por ejemplo, lo tendré siempre presente, despedía al fumar nubes de humo de un olor insoportable; llenaba la pipa con hojas de té ya hervidas mezcladas con rapé. Martín (*), que era el fumador más empedernido, tenía sus pipas casi inservibles, pues cuando no tenía tabaco ni cosa parecida, se contentaba con llevar continuamente la cachimba en la boca que destrozaba con los dientes. Regocijábbase su rostro de viejo malicioso cuando algún compañero le ofrecía un poco de tabaco, que unas veces echaba en la pipa y otras lo mascaba con verdadera delicia. También yo hube de ofrecerle en varias ocasiones de mi petaca.

Mientras tanto se dedica cada cual á su distracción favorita durante las veladas. Por desgracia, no podemos pensar en la música. El violín del piloto se ha despegado con la humedad y ha callado para siempre; el acordeón de Haslum, que habíamos colgado en el techo, está también muy echado á perder; Reinholdz posee una flauta, pero nos asegura que no puede tocar, pues tiene los

(*) Así llamábamos al marinero Tofte.

labios resquebrajados á consecuencia del frío. Por lo tanto no hay más remedio que recurrir á la biblioteca. Por casualidad nos habíamos traído algunos libros. Eran *El brujo*, de Orzesko; *Tradiciones del teniente Stal*, de Runeberg; *Sobre patines á través de Groenlandia*, de Nansen, y *Viaje por el África*, del capitán P. Möller. Además, teníamos un libro inglés, *La niña de Bob Mar-*



Elevaciones rocosas.

tin, lleno de escenas emocionantes y no del todo mal escrito. Era el que yo elegía todas las noches mientras duró la lectura.

Estas noches de invierno no las olvidaré nunca. Me parece verme allí, encogido en el saco de dormir, con el tomo y una bujía sobre las rodillas, en tanto que brillantes copitos de hielo venían á caer, desde el techo, sobre las hojas del libro. Aquí y allá se encontraban también los diecinueve restantes compañeros oyendo con la mayor devoción las deliciosas narraciones de Runeberg ó las interesantes aventuras de Nansen. Cuando los libros suecos se terminaron, le llegó su turno á *La niña de Bob Martín*. No tenía el final, pero se comprendía fácilmente que los

enamorados, tan pronto se dieran algunas pruebas más de su pasión, llegarían finalmente á casarse. Con frecuencia hacía frío, tanto, á veces, que tenía que volver á introducir las manos bajo el saco cada vez que volvía una hoja.

Con las aventuras de Nansen nos regocijamos muchos ratos. ¡Cuánto no nos reímos con Sverdrup, que se comió dos almuerzos cuando regresó de la expedición. Si nosotros «regresamos», no dos, sino tres nos comeremos.

El día de Pascua lo celebramos como de fiesta. Nos lavamos bien la cara y comentamos jovialmente las transformaciones producidas por el jabón y el agua. Algunos hasta se mudan de camisa. La mía no la he llevado más que dos meses y medio, así puedo decir que me he permitido un verdadero lujo.

Termina la fiesta y volvemos á nuestra antigua y acostumbrada dieta. Pero pronto tendremos un nuevo festín: el arroz con leche para la Pascua de Pentecostés.

Para formarse idea de la clase de vida que hicimos durante los meses de invierno que siguieron, puede escogerse un día, cualquiera que sea, y podemos suponer que el tiempo es tranquilo, frío y claro, lo cual, por desgracia, no ocurría con frecuencia.

Serán poco más ó menos las siete y media. Mi reloj hace tiempo que está descompuesto, y por lo tanto, para saber qué hora es, tengo que recurrir al amigo K. A. Andersson, que está á mi izquierda. El techo, cubierto por una capa de escarcha, presenta un color blanco resplandeciente.

Durante la noche caen trozos de esta escarcha sobre

nuestros sacos, los cuales, al romper el alba, aparecen blancos y húmedos. Las paredes también están cubiertas de escarcha, y todas las grietas llenas de hielo, forman poco á poco una capa más gruesa. Naturalmente debe uno arrollarse el saco fuertemente á la cabeza para que conserve el calor. Se respira, por lo tanto, por el cobertor y la lona, y cuando el vaho pasa al otro lado se hiela, encontrándonos al despertar con la cara bajo una bóveda de hielo. Cuando las mañanas son verdaderamente frías, grandes trozos del saco están tiesos como planchas de hierro. Entonces procuro remediar la cosa del mejor modo posible. Comienzo á rascar con mi cuchara el hielo que tiene el saco al interior y la escarcha adherida al exterior. También había colocado sobre el saco una capa vieja impermeable, ya hecha pedazos, pero pronto se puso tan húmeda, que por el momento sólo servía como punto de reunión de todas las gotas que caían del techo y que después iban á parar al saco.

Finalmente, llegan las ocho, y si el tiempo lo permite, salimos K. A. Andersson ó yo á mirar el termómetro. Esto puede únicamente tomarse como una distracción, pero después de una fuerte nevada el montón de nieve que hay ante la puerta se hace más grande y duro, y al abrir, se encuentra uno con la pared más blanca y acabada. Si hay una pala dentro, pronto se hace un agujero y se puede salir, pero á veces no hay más remedio que sacar primero la cabeza y gatear arrastrándose hacia fuera. Al volver todo son preguntas de uno y otro lado. Todos tienen curiosidad por saber los grados que tenemos, y el termómetro corre de mano en mano. Después, otra vez al saco, sintiendo bastante frío, pues nos parece demasiado molesto vestirnos orde-

nadamente y no hacemos más que ponernos un par de chanclos (*) y ya estamos listos.

Ayer á las siete y media ya me había acostado, y he dormido casi doce horas. Pero no pasó de ahí. Me vuelvo y revuelvo de uno á otro lado, caigo por un momento quizás en el más dulce adormecimiento, pero me despierta de nuevo un fuerte ruido. Es *el aguador*, que está golpeando el balde para quitarle el hielo y traer agua nueva, que por fortuna nos proporciona el lago del cráter, aunque es difícil de sacar.

Ya empiezo á sentir apetito y felizmente tengo ocasión de calmarlo por el momento. En mi plato hay un pedazo de carne que me sobró de la sopa de ayer. Naturalmente está más duro que la piedra, pero no hay otro remedio que aprovecharlo. Lo meto en la taza que utilizo para el café y ésta en el saco; un par de horas después la carne se ha ablandado y me la como muy á gusto.

Mientras tanto ha salido el cocinero y se oyen sus pisadas regulares en la fragua. Yo me encuentro nuevamente tendido en el saco y siento vivos deseos de tomar el café caliente. De nuevo se oye un ruido conocido, que llega á mis oídos aun teniéndolos tapados bajo el saco. Es el trinchante ó auxiliar del cocinero que pesa las raciones de pan, las separa en galletas, y reparte la pequeña porción de manteca que corresponde á cada uno. La boca se me hace agua cuando pienso en aquel pan de exterior tan brillante. Bastante antes de embarcarme

(*) Los chanclos tienen también su historia. Cuando el «Antártico» cargó en Gotemburgo vino del almacén por equivocación una caja de chanclos, que se metió casi en lo más profundo de la bodega. Desesperados, escribieron los dueños preguntando por ella, pero no pudimos encontrarla, y prometimos devolverla á nuestro regreso. Al sumergirse el barco tomamos infinidad de pares, y nos sirvieron de tanta utilidad, que sus dueños deberían alegrarse de haber sufrido tal equivocación.

en el «Antártico» ya me gustaba en extremo el pan ó galletas de barco, así que para mí no constituía privación alguna no disponer de ninguna otra clase. Como pesa se empleaba una galleta entera de tamaño regular, á la cual se ajustaban todas las demás raciones con escrupulosa exactitud. Una vez repartido el pan se ponía todo el mundo en movimiento. Las cabezas, enmarañadas y sucias, van saliendo de los sacos una tras otra, y cada cual empieza á mirar y dar vueltas y más vueltas á su ración de pan, viendo si hay posibilidad de reservarse algún pedacito para casos imprevistos. Si se ha tenido la suerte de conseguir una galleta entera, resulta más fácil de guardar, pues sin meterse en más averiguaciones se esconde aquélla y se comen los pedazos sueltos que puedan tenerse reservados, caso de que los haya. Es en extremo cómico ver la cara que ponen aquellos que han recibido una hermosa galleta entera y no tienen trozo alguno guardado, pues sólo después de un prolongado suspiro se resuelven á hacer pedazos *su tesoro*.

¡Atención al cocinero! Las tazas, llenas de hirviente té, empiezan á repartirse y pronto lo dejamos deslizar por nuestras gargantas, dando así calor á nuestro helado cuerpo. Bebemos alternando café y té, y los domingos hasta tomamos cacao. Se bebe á gusto pero... una de dos, ó debía estarse al corriente de los días de la semana ó tener un paladar finísimo para distinguir el té del café. El té era sin disputa lo más malo.

Supongamos que es día de buen tiempo y procedemos con arreglo á él. Nos preparamos para salir y empezamos á vestirnos. La dificultad mayor está siempre en las botas, que las encontramos duras como el hierro y hay que golpearlas y apretarlas por todos lados para

podémoslas poner. La americana, naturalmente, se ha mojado alguna que otra vez y parece más bien una cota de malla, porque el agua en esta ocasión es sinónimo de hielo, del cual tiene adherida una capa. Al fin nos marchamos cada cual á su ocupación. Unos cuantos toman sus arreos de pesca y se dirigen allá abajo al hielo, empleando toda su paciencia en estar por espacio de un par de horas junto á cualquier agujero con la remota esperanza de coger algún pescado para el almuerzo. Mis zapatos, que son muy delgados, cuando hace frío no me permiten estar parado mucho tiempo, y en atención á ello mi ocupación suele consistir en ir de aquí para allá reuniendo todo el pescado que se coge y llevarlo á la choza para prepararlo. Otras veces tomo parte en la busca de focas. Recorremos todo el hielo, pero muy de tarde en tarde llegan á dar resultado nuestras pesquisas. Esta ocupación cuando era continua resultaba pesada pues nos cansábamos de andar. Tampoco ofrece muchos atractivos el saco de dormir, pero no contamos con ningún otro refugio cuando aprieta el frío. Por lo tanto, no hay más remedio, que meterse dentro y á la cama. Hace un tiempo malo y frío; no tenemos ganas de hablar y nos entregamos á nuestras cavilaciones. Aun pasarán un par de horas antes que esté preparada la comida, que, naturalmente, se compondrá de sopa de pájaro bobo, pero de cualquier modo la espera no es del todo infructuosa. No percibimos ningún olor especial cuando traen el caldero con el condumio, ni ofrece tampoco mejor aspecto en el plato: una sopa ligera de color amarillo fuerte, en la cual aparecen algunos huesos gordos de pájaro y diminutos trozos de grasa de foca. Pero no sobra nada, antes al contrario, cuando ya nos hemos

comido el contenido del segundo plato hay muchos que dirigen miradas devoradoras al caldero que, ya vacío, se llevan fuera. Al principio no era la sopa de pájaro bobo del todo mala, aunque en vez de sal estaba sazonada con agua del mar. Entonces estaban los pájaros muy frescos, y el corazón y el hígado, que cuidadosamente se habían guardado, se consideraban como una golosina. Pero parecía que la nieve no conservaba la carne como habíamos creído, y cada semana que transcurría, la encontrábamos menos apetitosa, siendo preciso, finalmente, que estuviésemos verdaderamente hambrientos para poderla comer.

No son más que las seis. ¡Qué noches tan largas! Si al menos tuviese uno bastante tabaco, pero no hay nada de eso, y debemos considerar como un gran extraordinario dar de vez en cuando algunas chupadas en la pipa. Nos tendemos y empezamos á examinar el techo, donde la escarcha va en aumento, porque hace cada vez más frío fuera. Pero ninguno da muestras de abatimiento; cada cual hace lo que puede por mostrarse alegre y hablador; no faltaba nunca materia de conversación en la choza de Paulet, ni cesaba Johansson de tararear. Es una ventaja poder estar de buen humor cuando se quiere aunque ande la procesión por dentro, pues la situación era bastante crítica. Parecía como si reinase en nosotros una gran predisposición á la alegría. Los ratos de lectura también nos entretienen un poco. Pero debemos guardar economía hasta en esto, ocurriendo á veces que nos cuesta trabajo cerrar el libro. Después nos tendemos y nos quedamos pensando unos instantes... hasta que llega la hora de dormir. No resulta tan pesado desnudarse como efectuar el arreglo de la cama. La almohada es un